

LIGIA CRUZ

TOMÁS CARRASQUILLA

Ilustraciones

TOBÍAS ARBOLEDA



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2022

Carrasquilla, Tomás, 1842-1940

Ligia Cruz / Tomás Carrasquilla. Quinta edición – Medellín: Editorial EAFIT, 2022
186 p.; 21 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT).

ISBN 978-958-720-770-5

ISBN: 978-958-720-771-2 (versión EPUB)

1. Literatura colombiana - Siglo XIX. 2. Novela colombiana - Siglo XIX. 3. Realismo en la literatura – Colombia. 4. Campesinos – Colombia - novela. I. Tít. II. Serie

C 863 cd 23 ed.

C 313

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Ligia Cruz

Ediciones anteriores:

El Espectador, Medellín, 1920 (por entregas)

Ediciones Colombia, Bogotá, 1926 (junto con *Rogelio*)

Claridad (revista), 1930 (por entregas)

Editorial Epesa, España, 1952 (Obras completas)

Editorial Bedout, Medellín, 1958 (Obras completas)

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1995 (junto con *El zarco*)

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2008 (Obras completas)

Primera edición en esta colección: julio de 2022

© Tomás Carrasquilla

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-770-5

ISBN: 978-958-720-771-2 (versión EPUB)

Edición: Claudia Ivonne Giraldo

Revisión texto: Emma Lucía Ardila y Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Ilustraciones: Tobías Arboleda

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

El viaje íntimo de Ligia Cruz <i>Claudia Ivonne Giraldo</i>	7
 <i>Ligia Cruz</i>	
Primera parte	13
Segunda parte	27
Tercera parte	53
Cuarta parte	97
 Don Tomás y su <i>Ligia Cruz</i> <i>Nicolás Naranjo</i>	 141
Vocabulario	171
Notas biográficas	179

El viaje íntimo de Ligia Cruz

En el concierto de la extensa obra de Tomás Carrasquilla Naranjo, algunas de sus novelas y cuentos han sido destacados por el público y por la crítica, a lo largo de los años, como las obras cimeras; es el caso de *La marquesa de Yolombó*, su novela histórica, *Frutos de mi tierra*, su primer trabajo novelístico; el cuento *Simón el mago*, que acaso haya popularizado una película de Víctor Gaviria o *En la diestra de Dios padre*, leído en colegios y llevado al teatro varias veces en la creencia de que refleja lo más granado de su estilo, ingenuamente considerado como “costumbrista”. Hay otras obras, como la novela breve *Salve Regina*, que el mismo maestro prefirió sobre todas las demás, y algunas, como *Ligia Cruz*, en las que muchos de sus lectores hemos encontrado resonancias y merecimientos tales como para considerarla la mejor y la más entrañable.

Ya se ha discutido que la obra de Tomás Carrasquilla trasciende el costumbrismo y que no por “oír” con cuidado y transcribir con maestría el habla de las gentes, cada una en su “universo”, el maestro deba ser inscrito en esa escuela,

que además y para colmo, ha sido considerada como menor. Carrasquilla definió su trabajo como aquel “escrito por un corazón y por una cabeza”, nada más y nada menos que lo que se consideraba como el *ars* de la gran novela realista del siglo XIX, de cuyo conjunto don Tomás había leído casi todo. Bajo ese precepto es claro que sus novelas, cuentos y piezas cortas den fe de sus creencias: tipos humanos de toda laya, circunstancias familiares que se viven a escondidas, vergüenzas y mezquindades, así como grandezas y bondades enormes, trasiegan por sus historias y hacen que nos reconozcamos en ellas a pesar de los años transcurridos entre esos personajes palpitantes y nosotros.

Ligia Cruz nos entrega una radiografía de la vida de la Medellín de entre las décadas veinte y treinta del siglo pasado. Nos revela las bajezas del alma humana, en especial cuando se trata de ejercer la segregación social entre clases, que nos es tan dolorosamente cercana en Antioquia y en el país: cuando los grandes (léase los ricos y poderosos) menosprecian a los pequeños (léase las personas más pobres y con menos oportunidades), y son crueles y sin alma. Ese antagonismo moral entre los “grandes” y los “pequeños” es un dardo clavado en el centro de una sociedad acostumbrada a no verse, a no examinarse. Ese es el escenario a donde llega la joven pueblerina Petrona Cruz. Y es esa sociedad la que descubre, poco a poco, de tropezón en tropezón, de humillación en humillación.

Petrona, a sus veinte años, no comprende: una mujer inteligente, espontánea, imaginativa y apasionada que no ha sido enseñada a contenerse como lo han sido sus congéneres

de clases altas de la ciudad, choca y es mal vista; sabe, sí, que la están *zambiendo* en casa de su padrino y por eso se propone cambiar, aprender hasta ser merecedora, no solo de esa familia que la rechaza y aparta como si estuviera apestada, sino del amor de Mario, el hijo mayor de su padrino, uno de los partidos más prometedores de la villa y del que ella se enamoró “por retrato”. Su padrino y ángel guardián, don Silvestre Jácome, sabe que lo único que le falta a Petrona es el “aderezo” social, pasar de “la batea a la bandeja” para quedar inscrita en sociedad y poder “ser alguien”.

En ese periplo que va desde la llegada de la campesina y poco cultivada Petrona Cruz, hasta su transformación en Ligia, Ligia Cruz, el maestro ahonda en los pensamientos y cavilaciones de la muchacha: en sus ilusiones amorosas tan desproporcionadas, en sus aprendizajes sobre modas y usos sociales; en sus lecturas previas a la llegada a Medellín y en su vida en su natal Segovia, en donde era de la gente principal, casi una celebridad. La sabe imaginativa y mentirosa; vanidosa y coqueta como casi todas las jóvenes que la rodean. Pero también le reconoce que en ese ser capitosa radica una voluntad inquebrantable para lograr lo que se propone, una devoción casi mística y una imaginación que la harían, en otras circunstancias, tal vez una artista, tal vez una actriz exitosa.

Ligia Cruz podría pertenecer, si se forzaran las comparaciones, a la serie de novelas románticas en las que la heroína lo da todo, lo deja todo y todo lo pierde por amor. Ha leído *María* de Jorge Isaacs, *Los juramentos de amor*, *Óscar y Amanda*, el “Nocturno” de José Asunción Silva, “Idilio eterno” de Julio

Flórez y, entre otras, la novela *Quo vadis?* de Henryk Sienkiewicz. Como el hidalgo de La Mancha, esas lecturas han terminado por sorberle el seso: ya que no en un caballero ella ha de convertirse en una muchacha moderna, en una mujer de la época y ha de unir su vida al hombre destinado a ella; y en ese viaje interior y exterior para lograrlo, don Tomás está del lado de su personaje. Si bien el autor no deja de interpretar el apasionado amor que Ligia siente por Mario como “histeria erótica”, la comprende y dignifica, la saca del montón y la convierte en un personaje memorable.

Una novela que vio la luz en 1920 (novela por entregas en *El Espectador* de Medellín) resuena con fuerza hoy y adquiere un significado contundente: luego de un siglo no hemos dejado de ser una sociedad excluyente y taimada; no hemos dejado de ser una sociedad en la que también heroísmos y cataduras espirituales altísimas brotan de entre las piedras. *Ligia Cruz* nos representa, y habla por miles de mujeres que fueron incomprendidas, juzgadas, diagnosticadas injustamente y mal tratadas por querer ser ellas mismas. Publicamos esta novela con amorosa dedicación, como una manera de honrar la vida y obra de don Tomás Carrasquilla en los 25 años de labores de la Editorial EAFIT, con la esperanza también de que las nuevas generaciones encuentren en *Ligia Cruz* parte de su historia y la razón de nuestro presente.

Claudia Ivonne Giraldo

2022

LIGIA CRUZ

PRIMERA PARTE

A la gran señora se le iba dañando el hígado con la última barbaridad de su marido. ¡Imposible que en el tal viaje a la mina no saliese con alguna remedianada de las suyas! ¡Si era que a los viejos chochos no les obligaba moverse de su casa! ¿Qué iba a hacer ella con el emplasto de la ahijada? ¿Dónde la pondría? Entre las criadas, ¿cómo? Entre las niñas, ¡ni a palos! Porque una montuna, hija de unos zambos mineros y que nunca había salido de Segovia, tenía que ser una calamidad abominable. ¡Hasta por el nombre se le veía!

Desde que don Silvestre anunció su regreso con todo y la Petrona, perdió doña Ernestina ese apetito suyo tan formidable. Y, desde antes de la llegada, se le complicaba el conflicto. ¿Cómo no iban ella y las niñas y el futuro yerno a encontrar a Silvestre, siquiera hasta Machado? ¿Cómo iban, con la película que irían a poner, con la ahijada del enemigo malo? Y para eso que los benditos carros de primera se llenaban de viajeros de tono y de gente conocida. La escena en la estación ya se la figuraba.

Al fin, después de muchas discusiones y consultas, resolvió la aristocrática dama ir ella sola con Pepillo, el menor de los hijos. Dirían al yerno que no se sabía el día de la llegada, para

que no fuera a la estación; diría ella a su marido que las niñas estaban todas tres con principios de gripa. Ellas le alumbraron una idea que sería salvadora, desde que el padre la aceptase, y era proponerle enviar a la ahijada al hotel de las señoras Santos, desde la estación directamente. ¡Le diría por sí o por no; pero ella no lo tenía por seguro: Silvestre era tan terco y tenía unos escrúpulos tan bobos!

Conforme lo temía resultó: al marido le pareció una canallada no llevar a la casa a la ahijada, máxime cuando de él mismo había salido la determinación de traerla, muy a disgusto de la madre, por más señas. La traía para que conociese a Medellín y se curase del paludismo. Había que atenderla muy bien y que conseguirle cuanto necesitase. A más de ser ahijada, les debían a los compadres de la mina muchos servicios y finezas: Cruz era todo un caballero y su mujer una joya; y a él, don Silvestre, lo trataban allá a cuerpo de rey. ¡Cuál se quedaría la señora! ¡Horrible, espantoso, era el capote de la gente remediana! Según cuentas, ella y las niñas tendrían que exhibirse con la atembada esta en el cine, en el teatro, en la misa y en la calle, a pie y en auto. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué poco la conocía a ella su señor marido!...

Sin duda que la dama tendría espíritu profético: la segoviana resultó algo más de lo que ella suponía. Era una pobrecita, fea y desmedrada, pálida y manchada, de labios casi blancos, de ojos alocados, de gestos y ademanes nerviosos. Parecían aquellos manoteos y aquel accionar en molinete, cosa ensayada para comedia de certámenes. Su voz era ronca, con inflexiones de chicharra; y su vestimenta, con pretensiones de moda, un

adefesio arlequinesco desde la sombrereta hasta el calzado. Lo peor era que, en vez de tímida y callada, mostrábase verbosa y confianzuda, con ese desparpajo que dan la inconsciencia, el desconocimiento de las astucias sociales y la suficiencia personal. Comprendíase, desde luego, que la muchacha quería mostrar, desde el debut, todas sus gracias y su trato todo. Mejor ocasión ni buscada: un tren es gran proscenio, y el público, en esta vez, era numeroso y estaba por divertirse. ¡Valiérale Dios a doña Ernestina, con esta ahijada tan despampanante! En realidad que era para atosigar al más pintado: “madrina” por aquí, “madrina” por allá, y pregunta va y comentario viene sobre Fanny, sobre Alicia y Anita, y el doctor Mario y el Fulano y el Mengano; porque la muchacha estaba muy informada por el padrino de los miembros y circunstancias de la familia. Aquello era a todo pecho para que nadie perdiera sílaba. La señora cambiaba de colores tras el velo. ¡Lo que más la injuriaba era el ver al viejo Silvestre tan satisfecho, riéndole las salvajadas a esa animal de monte! ¡Hasta irían a pensar que ellos mismos la habían criado!

Sudando del bochorno, tuvo que bajar con ella en la estación; tuvo que mostrarla en los andenes con ese andar y esos contoneos; tuvo que meterla en el auto, con ella y con su gente. Pero a ella no la embromaban en balde: ya sabría cómo domar al monstruo de Segovia, y despistar a la fiera de Remedios. Petrona, entre tanto, se encanta con el auto. “¡Oiga, padrino; brama peor que un toro bravo!”.

Es don Silvestre, a la sazón, magnate de mucho fuste entre la gran plutocracia. “Jácome e hijos” es casa respetable si las

hay. Como se sabe, es oriundo de Remedios, muy fuerte en minería y en comercio, algo en rezos, y muchísimo en tute y en tresillo. Gasta en extremo con su familia, pero se burla del tono y elegancias de su mujer y de sus hijos. Aunque ha viajado, no ha cogido ninguna finura europea. Sin ser sabido ni leído, tiene mucho conocimiento de la vida, muy buen sentido crítico, y, por ende, mucha indulgencia y amplitud.

Doña Ernesta –como él le dice– es la viceversa de su marido. Es de la nobleza azul y requintada, originaria de la ciudad heráldica de Antioquia; pero como en su casa nunca tuvieron un hediondo peso, hubo de conformarse con atrapar, todavía joven y no mal parecida, al remediano acomodado, ya cuarentón y algo vulgarote de figura. En los primeros años de matrimonio fue modesta y recogida; pero, en cuanto entendió la posición financiera de su marido, se levantó de cascos como un avión. Al crecer sus hijos, al verlos actuar en sociedad con lo más rico y significativo, fue el vértigo. El Villadaza le brotó como la viruela. Contado era el cristiano a quien no tuviese por “jalapa”, “mañé” o “fatalidad”. Pertenece, naturalmente, al club Noel, a la Sala-Cuna y a otras instituciones de virtud elegante y distinguida. Sus tés religiosos, con motivo de algún consejo de cofradía, eran a pura plata labrada y a puro bombón europeo.

Sus tres niñas compartían con ella ínfulas y relumbrones. No eran ni feas ni bonitas; pero sostenían la última moda, a todo gasto y a toda ostentación. Solo pensaban en novios *fashionables*, en trapos, regalos y diversiones. Las Hermanas de la Presentación solo les habían inculcado, por encima, una

piedad de apariencias y chilindrinas; y a doña Ernesta jamás se le ocurrió que en ellas hubiese algún sentimiento que formar, algún defecto que corregir, por más que a ella propia la tratasen, todas tres, como a trapajo de cocina. Las tres eran moralmente unos seres amorfos, de una vulgaridad de alma inconcebible en gentes que se tiene por educadas.

No así los tres varones: el primogénito acababa de recibir en Bogotá, con éxito notable, el grado de médico cirujano; los otros dos trabajaban desde pequeños con don Silvestre, con tanto juicio y consagración, que a ambos tuvo de habilitarles la edad para asociarse a ellos. Eran del *sport* elegante, de las altas fiestas sociales, un tanto simplotes y moderados, y no tan desvanecidos como su madre.

La casa era enorme, con todo el confort, los trebejos, los cementos y embaldosados de hoy en día. Acababan de terminarse sus remontas y embellecimiento, a fin de celebrar con los esplendores del caso los grandes acontecimientos que en la familia se preparaban. Tratábase de la próxima llegada del hijo médico, en compañía de la insigne pariente doña Flavia Echehona de Villadaza, y de Niní, su encantadora hija; tratábase, otrosí, del matrimonio de Fanny con Otto Marañones, de lo más selecto y acaudalado de la banca.

Tal era el momento sublime, escogido por don Silvestre para sacar del monte a la ahijada. Esto era lo que más sulfuraba a doña Ernesta. ¡A Silvestre no le habían valido ni parises ni romas! ¡Por fortuna que nadie, engendrado en las entrañas de una Villadaza, podía heredar esas atrocidades, por más que fuera Jácome!

Cuando llegaron a la casa estaba Petrona mareada por el auto. Ver las niñas que papá la bajaba, y acometerlas el ataque de risa, fue lo mismo. Entre los abrazos del saludo, las presenta, todavía en el zaguán; mas la risa no las deja ni aun estirarle las manos. ¡Y qué caras de furia las de mamá! ¡Para risotadas estaba ella! No bien entran, toma a la muchacha de un brazo, tira y exclama: “¡No se les arrime que le pegan la gripa! ¡La gripa es aquí mortal para los forasteros y usted está muy clorótica”. Y, empujándola, corredor adentro, la lleva al segundo patio y la entra al cuarto de costura. Ahí está Andrea, costurera, modista y todo. “Quédese aquí con Ita, porque aquí es donde debe estar”. La obrera abre tamaños ojos ante aquellos indumentos y aquel andar, pero disimula y le ofrece muy atenta una mecedora. Aunque el mareo no le ha pasado del todo, va entrando en conversación, hasta llegar al palique corrido. Cuenta de su viaje e impresiones. La casa le parece muy linda; pero ella no puede admirarse demasiado, porque su casa de Segovia también es muy preciosa y de mucho tono. Papá también es muy rico. (Ya desde el tren cogió el “papá”, sin el “mi” y con acento, por lo que le oyó a Pepillo). En su casa tenían muchas bombas y mucho cristal, que papá había traído de Zaragoza; tenían mucha loza de porcelana y muchas colchas de damasco; tenían jarros de plata y un tinajero con muchas alcarrazas traídas de la extranjería; en el comedor había torno... y esto..., y lo otro... y lo de más allá...

Ita se hace la admirada, y le dice:

—Usted, niña Petrona, tendrá su buen novio...

—¿Novio? ¡Virgen! ¡Ni sé cuántos me han salido! Todos los que me ven se enamoran de mí. Y ya ve que no soy bonita.

Pero no sé qué tendré yo en estos ojos. Vea: todos los místeres que van a Segovia me pretenden. Lo mismo me ha pasado con los forasteros que van con funciones. Papá me mandó a conocer sociedades y me llevaron a Remedios y a Amalfi: pues al momento me cayeron los pepos más principales.

—¡Me admiro de que todavía no se haya casado!

—Ve, ole Ita: eso fue un despecho que me pegó, ¡muy horrible! Me enamoré de un diablo de estanquero que hubo allá; nos enamoramos los dos, como unos palomos azules. Él me regalaba de cuanto hay; él me regaló la *María*, con una dedicatoria muy linda; él, postales con versos. Me prestó las historias de *Óscar y Amanda*, *Los juramentos de amor* y *El hijo natural*, y otras muy bonitas, porque a mí me gusta más leer historias que versos de poesías. ¡Me encantan las historias!... ¡Yo adoraba a ese maldito: es tan cuadrao y tan zalamero! ¡Hacía mucho escándalo con unas negras muy vagamundas que hay allá; peliaba... y más lo quería! Después le fui cogiendo el golpe y los mogos y comprendí por las cartas y por otras cosas, que el sinvergüenza me pretendía con malas intenciones, y... ¡lo empunté a la porra! ¡Ay! Ita: ¡pero qué dolor tan maluco sentí yo en este corazón!...

—Usted como que es muy instruida...

—Yo sí: era la que más sabía en la escuela y la que recitaba en los certámenes, y la que decía los discursos. La señorita Etelvina, que es muy fina y sabe mucho, dice que yo tengo mucho talento.

—¡Mucho, niña: se le ve! ¿Y cuántos años tiene?

—Pues veinte largos; ¿pero no es cierto que no revelo la edad?

—Sí; es una niña, enteramente. Pero sí tiene mucha experiencia...

—Uno consigue con los amores. Después de ese condenado de Ciro Madrigal, he tenido no sé cuántos; pero no he podido quererlos como quise a ese. ¡Quién sabe aquí cuántos me irán a salir!

—¡La mar!

—Vea, Ita, acá entre nos... —baja la voz y secretea—. A Pepillo le gusté desde el tren: me coquetiaba, con cierta risa allá, pero a mí no me gusta nada: ¡nada que me gusta! —atisba afuera de la puerta y agrega a media voz—: Allá verá que cuando venga el doctor Mario, de Bogotá, se enamora de mí. ¡Como si lo viera! Eso hasta maluco irá a ser, en la misma casa...

—¡Tal vez sí!

—Y qué me dice, Ita: ¿iré a tener aquí muchas amigas?

—¡La mar! ¡Figúrese!...

—Pues en Amalfi y en Remedios conseguí un rigor. Hasta me carteo con algunas. Aquí me harán visita todas las amigas de las muchachas; yo se las pago pronto y me entablo... ¡Pero estos indinos botines me están matando!...

Siéntese ese ajeteo que precede a las comilonas de invitación; por las salas, voces, risas, gentes que entran; por aquí el teléfono; por allá, el transportón; por todas partes tacones femeninos. Doña Ernesta llama a Ita, aparte.

—¡Mirá, querida —dícele afanada—. Te doy un remojo muy bueno, si me la embolatás por aquí adentro y no me la dejás asomar por allá. Ella es muy capaz de salirse y de tomar la palabra. Y ve: ayudame a idear dónde le inventamos la dormida.